mente puesto en tí y las rodillas en tierra, te ofrecemos como miembros de la sociedad, de esta sociedad también tuya, que vivirá con vida propia, con grandiosa vida, con vida de imperecedera gloria, miéntras quien cuide de su vida seas tú.

¡Vuelvo á invocarte, Santa María de Guadalupe! ¡Permítaseme invocarte en nombre de México! Que por tí y en México todo, con nosotros todos y á partir de tu coronación, se realice como un hecho que será complemento de tus bondades infinitas, porque son las bondades de Dios dispensadas por tu diestra, el voto con que los cielos prometen unirse á la tierra, traer sus dones, sus grandezas, sus inefables dulzuras acá:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

II

Poesía del Sr. Dr. D. Jose Peon Contreras.

Reina del cielo, Virgen excelsa y pía,
A quien llamaba Madre la madre mía,
Y en quien su fe guardaba como tesoro
En cincelado templo de plata y oro.
Madre mía dos veces, madre querida,
Dale á mi arpa sonidos, á mi voz vida;
Encanto á mi palabra, luz á mi idea,
Para que tal cual eres mi alma te vea!
Para que tal cual eres yo te describa....
¡Yo, estando tan abajo; Tú, tan arriba!

Tan alta estás, tan lejos del firmamento,
Que adivinarte apenas logró mi intento,
Y, sin embargo, ¡oh madre! se me figura
Pues tanto es mi delirio con tu hermosura,
Tanto soñé en la infancia con tu belleza,
Tanto soñé más tarde con tu pureza,
Y tanto en mí resides sin que te apartes
Del alma que te busca en todas partes,
¡Que va á hacer tu dibujo mi pensamiento!
¡Si no como te miro, como te siento!

Envuelta en luz vivísima cual la que ardía
En el risueño Oriente del primer día,
Cuando en el Paraíso brilló la aurora,
Aparece tu imagen, virgen Señora;
Y es más blanca y más pura tu vestidura,
Que la nieve más blanca, que la más pura!
En tus ojos se mira la transparencia
Que del Señor revela la Omnipotencia,
Transparencias de afuera, sombras de lo hondo,
La claridad del lago, del mar el fondo!

Tu frente, coronada de resplandores,
Tiene las dulces huellas de tus dolores:
Las congojas, los duelos, las tiranías
De las amargas horas de aquellos días!
¡El maternal y acerbo dolor profundo
Que el mundo te dió, siendo reina del mundo!

Tiene tu boca perlas, tiene corales,
Tintes de albas purísimas y celestiales,
Y á recortar en óvalo tu faz severa
Baja como la noche tu cabellera!
En torno tuyo hay ráfagas y ondulaciones
Como luces de célicas constelaciones,
Como la mente humana las imagina,
Como yo te he soñado de peregrina,
Subiendo al cielo en lampos de blancas nubes
Y apoyada en las alas de los querubes!

Soberana del orbe de los creyentes
Ante la cual se doblan todas las frentes,
Tu faz inmaculada se alza sobre ellas
Bañada en los fulgores de las estrellas!
Todos los ojos buscan en tu mirada
Ternuras infinitas, paz anhelada,
Miradas de tus ojos con que embelesas
Henchidas de consuelos y de promesas!
Todas las bocas te hablan, no hay una boca
Que no sienta, Señora, cuando te invoca,
Dulce almíbar de abeja, blanda ambrosía,
Al pronunciar tu nombre, Santa María!

Es tu historia tan limpia, de amor tan llena,
Y hay tanta dicha en ella y hay tanta pena,
Tanto se llora en ella lo que has llorado,
Y es tal de tu pureza lo inmaculado,
Que no hay mortal que al darte culto y cariño,
No sienta como siente cuando ama un niño!
La virginal ternura de su inocencia,
Aromas de las flores de su conciencia,
Para tí pura y límpida como un espejo....
¡Lo mismo la del niño que la del viejo!

Todo el que á tí se acerca, sea el que sea,
En tanto que mirándote su alma recrea,
Se acuerda de lo bueno, siente su encanto,
Y siente el atractivo de lo que es santo!
Pues piensa que á la madre que quiere ó quiso,
Le guardas en tu Trono su paraíso,
A ella y á tí mezclándolas en su memoria....
¡Todas las madres tienen la misma historia!
Por eso no hay ninguno que no te quiera
Cuando la desventura lo desespera.
Cuando los padres pierden su hijo adorado,
Se consuelan pensando que te lo han dado,
Que está mejor contigo, que tú lo tienes....
Trocando por efímeros, eternos bienes,
Allá donde tú vives, donde respiras,
Donde nos ves mirándote, cuando nos miras,
Desde el altar altísimo donde nos llamas,
Porque somos tus hijos, porque nos amas,
Y á do pensamos todos que en algún día,
Te veremos de cerca ¡Virgen María!

III

Poesía del Sr. Nestor Rubio Alpuche.

I

En los tiempos de Octavio que imperaba
sobre toda la tierra, sin segundo,
hubo una fiesta hermosa, que del mundo
las curiosas miradas absorbió.
Era un viejo portal cuyas paredes
carcomieron el musgo y las goteras,
situado de Belem en las afueras,
el hogar que la fiesta celebró.

II

Montón de paja convirtióse en cuna.
Tiritando y sonriendo se dormía
el niño ante los ojos de María
que el dulce objeto de sus ansias ve.
El hálito nocturno de Diciembre
despierta al árbol del rebaño amigo;
pero el rincón sagrado está al abrigo
de un pobre manto que colgó José.

III

Brota en silencio desde blanca estrella
y desciende hasta el lecho, una cascada
de luz, que pinta en nácar la esplanada
por do llega brillante multitud.
Y soldados, y reyes, y pastores
el establo solícitos rodearon
y al adorable infante proclamaron
Como rey de justicia y de salud.

IV

Venid y contemplad. Esa es María.
La de lejanos países noble gente
al mirarla se postra reverente
como Tobías cuando al ángel vió.
Y la Vírgen, de pie junto á la cuna,
enhiesto cedro en flor asemejaba
que á un cordero extraviado cobijaba
muy lejos del redil de do salió.

V

¡Oh qué grande espectáculo y sublime!
Los angélicos tronos se admiraron,
y, envidiosos, las fiestas concertaron
de la tierra, en el cielo repetir.
Al punto de las cumbres eternales
cien legiones de espíritus salieron
que al mundo en tropas fúlgidas vinieron
de la Virgen las huellas á seguir.

VI

Ellos con tierno afán la custodiaban
y ella no los veía. Muchas veces
creyendo hallarse en soledad, sus preces
se postraba en el suelo á meditar;
y, en torno de ella, en confusión hermosa
los ángeles también se arrodillaban
y atentos, las palabras escuchaban
que sus labios solían pronunciar.

VII

Al velar, al dormir, ó á sus labores
entregarse la Vigen con anhelo,
los invisibles prófugos del cielo
absortos la miraban con amor.
Si á su jardín bajaba precedían
ellos su paso lento y soberano,
y cuando hacia un rosal tendió la mano
nunca la espina, siempre halló la flor.

VIII

Un día ¡cuán amargo fué ese día!
la observan caminando á la ventura
por las calles y plazas. ¡Vírgen pura!
los ángeles exclaman, ¿dónde vas?
Los hombres abren paso. Las mujeres
la siguen conmovidas y llorosas;
y ella, juntas las manos temblorosas:
Jesús, dice, hijo mío, ¿dónde estás?

IX

¿Dónde ha de estar? Camino del Calvario.
Sube con él y asiste á su agonía.
Contigo iremos, celestial María,
á verlo ensangrentado en una cruz.
Y van con ella al monte sacrosanto
y contemplan el cuadro misterioso,
y oyen, de horror transidos, pavoroso
el último lamento de Jesús.

X

Al fin llegó la hora que preveía
con infinito amor el alto cielo.
Murió también la Vírgen y en el suelo
quedaron la miseria y la orfandad.
Pero apenas cubrió la tosca piedra
el despojo mortal, la turba alada
el sepulcro invadió regocijada
y lo llenó de vida y claridad.

XI

Como un rey opulento que domina
los pueblos y vasallos á millares
y anuncia por las tierras y los mares
sus bodas con la reina de su amor;
y llegan de lejanas latitudes
gentes, tropas, esclavos y bajeles
y extranjeros, y damas, y donceles
á la ciudad del rey con gran clamor;

XII

y de gala se visten los guerreros,
y sus joyas exhiben las matronas,
y flores y perfumes y coronas
preparan con la fiebre del placer;
y cuando el rostro cándido descubre
la esposa, como el Sol cuando amanece,
voz de vítor los aires estremece
y eco de himnos y músicas doquier;

XIII

así el Rey de los cielos, con potente
voz á los mundos sus heraldos lanza
que en cada paso miden cuanto alcanza
un relámpago en recia tempestad,
y van por los confines anunciando
esta nueva de paz y de alegría:
¡Espíritus, venid! Llegó el gran día.
A la Madre de Cristo coronad.

XIV

Como cuando se escucha sordo ruido
que su fragor por grados acrecienta
y presto en lluvia torrencial revienta,
así acuden los santos en tropel,
Y llenan las mansiones eternales
las anunciadas fiestas esperando,
mientras llega el momento celebrando
los nobles hechos de la Vírgen fiel.

XV

De la cima de un monte se desprende
como blanca y graciosa nubecilla.

Ya la Esposa del Verbo, sin mancilla,
va al seno del Esposo á reposar.
Los querubes que marcan sus caminos
al cometa, y encienden las estrellas;
los que atizan del sol las luces bellas,
la ven, y la bendicen al pasar.

XVI

Llegó la triunfadora comitiva
á las excelsas puertas de topacio,
y en las vastas mansiones del palacio
con la Virgen acuestas penetró.
¡Oh qué trasporte! ¡Qué admirable fiesta!
¡Qué voces de alabanza y de ventura!
¡Oh qué gozo, qué fuego, qué dulzura
los celestiales pechos inundó!

XVII

Venid y contemplad. La que en un trono
altísimo los cielos señorea
¿no es la modesta Virgen de Judea
que habitaba en la gruta de Belem?
¿No es la madre infeliz que el vivo rayo
del sol, sobre la frente recibiendo,
rastro de sangre con dolor siguiendo
atravesó las plazas de Salem?

XVIII

¿No es, oh Dios, la adorable, la preciosa
flor que en el mundo mísero brotara
y el cierzo del Calvario marchitara
la que allá arriba nuestros ojos ven?
Es ella. Bendiciones amorosas
caigan sobre la tierra antes maldita,
y la raza de Adán, ayer proscrita,
vuelva á ver las colinas del Edén.

XIX

Es ella. La entrevieron los profetas,
La desearon con ansia las naciones.
La temieron del Antro las legiones.
La esperaba en su reino Jehová.
Es ella, conocedla y adoradla,
la eterna prometida del Esposo.
Ella es la madre del amor hermoso.
Es la espiga del tronco de Judá.

XX

¡Oh, venid, convocad á los mortales!
Decidles que repriman el sollozo.
Que alcen la vista á la mansión del gozo
y prueben la dulzura de esperar.
Admiraron los ángeles un día
las fiestas de la tierra. Hoy envidiamos
las eternas del cielo, y anhelamos
á la que ellos adoran, ensalzar.

XXI

Que su hogar abandonen delicioso
los hombres de otros climas, y á la playa
del Anáhuac arriben, donde se halla
un pueblo religioso en oración.
El de Australia: el asiático indolente;
el que la Europa habita: el africano
que vengan al hogar del mexicano
donde hay paz, y trabajo y devoción.

XXII

Mas ¿qué son para tí, Virgen sagrada,
los humildes presentes que ofrecemos
los hijos del dolor, cuando queremos
tu dulcísimo nombre bendecir?
Oro, perlas, brillante pedrería,
ó son como la arena, ó son escoria.
Un átomo de un rayo de tu gloria
vale más que las minas del Ophir.

XXIII

Pero el oro se obtiene con lamentos
y lágrimas del pobre jornalero,
y la perla que oculta el mar severo
cuesta vidas, angustias y viudez.
Así, al labrar la terrenal corona
que hoy á tu altar ¡oh Virgen! acercamos,
cien dolores de pueblos amasamos,
mil martirios de razas á la vez.

XXIV

María, desde lo alto de tu trono,
al pie del Tepeyac, mira postrados
de Cortés á los hijos esforzados
y á los nietos del bravo Cuatemoz.
Dos pueblos que la muerte se lanzaban
forman hoy uno solo en tu presencia.
Unos son sus ideales y su creencia.
Uno su porvenir, una su voz....

XXV

¡Escúchala! Su reina te pregona.
Es voto nacional el que levanta.
Cuando tus glorias nuestro pueblo canta
las de la patria recordado va.
Te amamos, Virgen pura. Al coronarte
lloran los ojos y en el labio hay ruego.
Nuestro amor, que es vehemente como el fuego,
en todo el orbe resplandece ya.

IV

Poesía del Sr. Jose Lopez Portillo y Rojas.

I

¡La escena es ideal, grave la hora!
¿Por qué soy yo, Señora,
Quien levanta la voz para cantarte?
Indigno del lugar y del momento,
Mi tembloroso acento
Titubea, y es débil y sin arte.

Alada estrofa de poeta egregio
Como triunfal arpegio
Debiera resonar en este instante,
Y entretejer espléndida diadema
Para tu sien suprema,
La inspiración augusta y deslumbrante.

No yo, que indocto, la palabra humana
En rica filigrana
No alcanzo á convertir; no yo que imploro
En vano al sacro numen, y que pulso
Temeroso y convulso
Un laúd olvidado é insonoro.

¿Quién me diera de amor en ansia ignota
Hallar la excelsa nota
Que expresara mis íntimos anhelos,
Y volver de la tierra al infinito
Como un eco del grito
De adoración, que baja de los cielos?

Mas si el himno entusiasta que ambiciono
En tu loor no entono
Y mi ofrenda no es digna de tu planta,
¡Oh Madre! el corazón enternecido
En llama convertido
Por tí suspira y tus amores canta.

En tí para solaz del pensamiento,
En dichoso momento
La humildad se trocó en soberanía,
En ascensión del alma la pureza,
Y la ideal belleza
En numen de la humana poesía.

Cuando asomó tu forma dulce y casta
Sobre la tierra vasta,
Se avergonzaron las pasiones rudas,
Y cual sombras que el alba precipita,
Huyeron Afrodita
Y las Gracias hermosas y desnudas.

Y de esplendor vestida, bella y pura,
Te alzaste por la altura
Cual argentado y místico planeta,
Y fuiste desde entonces en la vida
Inspiración querida
Del santo, del artista y del poeta.

Juntas las manos sobre el casto seno,
De unción el rostro lleno
Y al suelo vueltos los piadosos ojos,
Tu gloria es, Madre, la oración eterna,
Y la nuestra, la tierna
Adoración ante tus pies de hinojos.

II

Ilustraron de Anáhuac las regiones
Misteriosas naciones
Del Septentrión al Ecuador errantes,
Que nos legaron, como estela de astros,
De su planta los rastros
En ruinas y pirámides gigantes.

Su grandeza inmortal, por hado oculto,
Se manchó con el culto
Del sanguinario dios que al mundo asombra;
Que así es lo grande cuando luz le falta:
La montaña más alta
En la noche es más negra que la sombra.

Cual fué anunciada por señales graves,
De Oriente en raudas naves
Vino extraña nación á este hemisferio
Y señora del rayo, en breve guerra,
Hizo rodar por tierra
Poder y gloria del nativo Imperio.

El puñal asesino de obsidiana
De la víctima humana
Indignada apartó; derribó al suelo
El ídolo feroz; de amor el canto
Soltó y el pendón santo
De la triunfante cruz elevó al cielo.

Pero ¡ah! la voz de la pasión salvaje
Tempestuoso oleaje
Alzó en su corazón; ansias crueles
Le inspiró la codicia; tras el oro
Arrastró su decoro
Y manchó el esplendor de sus laureles.

Bajo su fusta dura y despiadada,
La raza conquistada
Se vió trocada en gente envilecida;
Esclavos que marcaban amos fieros,
Acémilas, mineros,
Mísera grey en la abyección sumida.

El que á la noche del abismo rueda
Agonizando queda
En desamparo irremediable y hondo:
No escucha voz amiga, ni ve albores
De lejanos fulgores
Sonreir de los duelos en el fondo....

Así la raza autóctona vivía
Cuando al fin ¡oh María!
Sobre el Tepeyacatl apareciste,
Y entre flores, en lienzo despreciado,
Tu divino translado
Sobre el pecho dejaste al indio triste.

Y fuiste así para la mártir raza
Diamantina coraza
Que protegió su vacilante vida,
Ilusión que le dió valor arcano,
Que en el combate humano
Es la esperanza la suprema egida.

Al fin brilló de libertad la aurora,
Y en la solemne hora
En que el pueblo vengó sufridos yerros,
Cantando el himno de tu santo nombre,
El esclavo hecho hombre
Despedazó los oprobiosos hierros.

Tu imagen santa, del opreso ayuda,
Atada á lanza ruda
Llevó al nativo á la batalla fiera,
Y en medio del combate y la victoria,
Inundada de gloria,
Fué de la patria la primer bandera.

¡Oh patrona incorrupta del derecho!
Tú infundes en el pecho
De libertad los épicos amores,
Y luchas siempre del valiente al lado.
¡Así lo has demostrado
En Covadonga un día, otro en Dolores!

III

Roto el yugo, la lucha terminada,
Envainamos la espada
Con el orgullo del deber cumplido,
Y al mundo, ansioso de fraternos lazos,
Le tendimos los brazos
Dando nuestros rencores al olvido.

Y á lo más grande y noble de aquí abajo,
Al fecundo trabajo
Nos entregamos con viril exceso,
Y comenzamos, del vapor al grito,
Con rumbo á lo infinito
La sublime odisea del progreso.

¡Esplende, oh Reina, sobre el ara santa
Que el pueblo te levanta
Con óbolo filial en sacro monte,
Y triunfa desde allí, vence y deslumbra
Como el Sol nos alumbra
Desde su trono azul del horizonte!

Y desde allí también, alza y sublima
De la historia á la cima
Al pueblo que te debe la victoria.
¡Y el águila de Anáhuac altanera
Llevará por doquiera
La fama de tu nombre y nuestra gloria!